

Sumario

El texto del profeta Isaías 50, 4-5 es uno de los pocos del Antiguo Testamento que se refieren al tema del “discípulo”. El autor nos ofrece un riguroso estudio de este texto con el fin de presentarnos el perfil del discípulo de Jahvé. El modelo del discípulo es un personaje anónimo, cuya historia parece marcada por el abatimiento y la oscuridad, cuya misión, como buen servidor de Jahvé, es ponerse junto al cansado, al agotado y al vencido; en otras palabras, el verdadero discípulo se identifica con los derrotados, no con los triunfadores.

Una lengua de discípulo: Is 50¹

P. Horacio Simian-Yofre, S.J.

Profesor del Pontificio Instituto Bíblico de Roma

¹ Una discusión técnica de muchos problemas implicados por este texto, que aquí serán omitidos o simplificados, he presentado en mi libro *Sofferenza dell'uomo e silenzio di Dio* (Città Nuova, Roma 2005). En ese estudio mi interés por Is 50 estaba condicionado por el carácter de “tercer canto del Servidor de Jahvé” que la tradición exegética le ha atribuido desde fines del siglo XIX. El presente estudio se concentra en el aspecto del discipulado, y procura ofrecer una interpretación más comprehensiva del texto isaiano de la que había propuesto antes.

Uno de los pocos textos del Antiguo Testamento en los cuales se habla del “discípulo” es Is 50,4-5, donde el término se utiliza dos veces, en singular y plural:

4 El Señor, Jahvé, me ha dado una lengua de discípulo²
para que sepa encorvarme con quien está cansado
Una palabra despierta, en la mañana
En la mañana despierta mi oído.
Para que escuche, como escuchan los discípulos,
5a El Señor, Jahvé, ha abierto mi oído.

La importancia de este texto está subrayada por la minuciosa construcción y la repetición de términos (el Señor Jahvé, discípulo, discípulos, lengua, palabra, despertar por la mañana, oído / oreja) pero sobre todo por la extraña sucesión de las acciones. “Lógicamente” habría que mencionar primero la apertura del oído (la capacidad de escuchar), luego la de hablar (lengua de discípulo), después, tal vez, la mención de las palabras que debe pronunciar, y solamente al final la intención de todo este proceso: “para que sepa encorvarme con quien está cansado”.

En textos más tradicionales y conocidos, como las vocaciones de los profetas Isaías, Jeremías y Ezequiel, y también de Moisés, el encargo de transmitir una palabra de Jahvé presupone una formación del profeta, inclusive una pre-destinación (desde antes de su nacimiento) como en el caso de Jeremías, la purificación de los labios como en Isaías, la investidura de los dones necesarios (capacidad de resistir a los adversarios y de transmitir el mensaje) como ocurre con Jeremías y Ezequiel, o de ayudas extraordinarias (Moisés), la mención del destinatario del

6

² Esta es una traducción de trabajo, muy literal, para poder reconocer los problemas y las observaciones que hago.

mensaje (en los tres profetas y en Moisés) y hasta el contenido mismo del texto (en Jeremías, “yo pongo mis palabras en tu boca”).

Nada de todo esto se encuentra en Is 50. De este modo, los autores bíblicos establecen una diferencia entre una vocación profética y una vocación de “discípulo”.

La palabra que traduzco por “discípulo” (aunque en hebreo esté en plural) tiene la forma equivalente al participio pasivo castellano del verbo “aprender” (lo que ha sido aprendido, o bien - en hebreo - el que ha aprendido, y por tanto, es un discípulo). Esta traducción no es obvia, ya que el verbo en su forma intensiva activa puede significar también “enseñar”. Así uno encuentra, en traducciones bien cotizadas, variantes tan grandes como “lengua dócil”, “lengua de iniciados”, “lengua de maestro” y también nuestra opción, “lengua de discípulo”. Como ocurre frecuentemente en la Sagrada Escritura y en la literatura en general, una decisión (o más bien opción) sobre el significado depende en último término de la coherencia del texto.

Fuera de Is 50,4 y de Is 8,16 (“sella mi testimonio entre mis discípulos”), en el cual “discípulos” se aplica en sentido fuerte en plural a los discípulos del profeta mismo, y de Is 54,13, que promete a los hijos de Sion convertirse en “discípulos de Jahvé”, la forma participial del verbo “aprender” aparece solamente en Jer 2,24 en singular como adjetivo (“adiestrado”, “habituado”, aplicado a un animal), y en Jer 13,23 en plural, con el sentido de participio (“el que ha aprendido”, o “los que han aprendido”). El uso de las formas verbales del verbo “aprender” / “enseñar” es en cambio muy frecuente³.

Nuestra reflexión se puede, pues, concentrar en Isaías, donde el verbo “aprender” indica un proceso personal e íntimo que va más allá del “saber” algo, aún cuando fuera la ley de Jahvé. Cuando la palabra de Jahvé exhorta a “aprender a hacer el bien” (Is 1,17) y el profeta mismo prevé un momento feliz cuando aquellos que vuelven al Señor

³ Cerca de 86 veces, 27 en los salmos y 17 en el Deuteronomio. Además 14 veces en Jeremías, 9 en Isaías, y las restantes 19 distribuidas en varios libros del AT. En los salmos y en el Deuteronomio el verbo se aplica a Jahvé o al salmista que “enseñan” los caminos del Señor y su justicia.

“no aprenderán nunca más a hacer la guerra” (Is 2,4), están exigiendo o previendo un cambio profundo del hombre malvado y violento.

La experiencia dolorosa de aprender qué cosa significa la justicia, se experimenta en la propia carne, en el momento en que Jahvé permite que se cumplan sus designios sobre la tierra. Sin ese doloroso “aprendizaje” el injusto no aprendería qué es la justicia y quedaría fuera del círculo de la conversión (Is 26,9-10).

En Is 29,9-24 Jahvé denuncia la ceguera de su pueblo incapaz de comprender los hechos de su historia que se han convertido para él en las “palabras de un libro sellado” (v. 11). Engañado por falsos maestros, profetas y sacerdotes, ha asimilado un temor que no es otra cosa sino “un mandamiento *aprendido* de los hombres” (v. 13). Será necesario que desaparezca la sabiduría de “sus sabios” y la inteligencia de los que pretenden ser inteligentes para que el Señor pueda hacer ver las obras de sus manos (v. 23) y los que han extraviado el camino puedan entonces *aprender* la sabiduría y los rebeldes aceptar las instrucciones del Señor (v. 24). Is 48,17 define a Jahvé como maestro, que enseña lo que es provechoso y por qué camino hay que marchar⁴.

El recorrido de los textos de Isaías donde se usa el verbo “aprender” nos confirma en nuestra primera impresión, que el mensaje de Is 50,4, con la centralidad de la categoría “discípulo”, tiene una particular importancia. El “discípulo” aparece, en primer lugar, como quien tiene una comprensión profunda de cada acontecimiento. Pero, ¿qué más podemos decir de él? ¿Cuáles son los rasgos que lo caracterizan?

La centralidad de la primera persona

Es claro que Is 50,4-9 está dicho por una “primera persona” (el orante, no Jahvé), que pronuncia el discurso, y de este modo el texto toma una cierta distancia de los vv. 1-3+10-11. Cuando el orante habla del Señor Jahvé, sujeto de las proposiciones en los vv. 4.5.7.9a, se manifiesta por medio de los pronombres personales de primera persona “a mi”, “me”, “contra mi”, de los sufijos posesivos (equivalentes al adjetivo

⁴ Jer 9,13 también contraponen la enseñanza de los antepasados, que ha conducido al baalismo, a la de Jahvé, que hace superfluo todo otro maestro.



posesivo en el castellano), “mi dorso, mis mejillas, mi rostro, mi causa”, de los complementos directos de los verbos (“el que *me* defiende”, “quien *me* declarará culpable”) y en las formas verbales de primera persona que expresan las acciones del orante (vv. 5abb-6.7).

La estructura misma del texto ofrece una clave de lectura. Is 50,4-9a es un texto pronunciado todo él por una primera persona, que llamamos el “orante”. El término servidor o siervo de Jahvé, que ha dado a este texto la categoría de “Canto del siervo de Jahvé”, no aparecen en realidad hasta el v. 10.

El orante está seguro de gozar de una relación privilegiada con Jahvé. Ha sido instruido por él, se siente defendido y ha recibido una cierta misión cuyo sentido debemos clarificar aún.

La función del discípulo

La mención de la “lengua de discípulo” (v. 4aa) llevaría a pensar, en un primer momento, en una función profética. Pero el texto no ha utilizado ninguno de los numerosos verbos que posee Is 40 - 55 para expresar esa actividad: hablar, proclamar, dar a conocer, hacer oír, y por otra parte “lengua” tiene una incidencia más bien moral que teológica. En los salmos es el órgano de expresión de la alabanza de Dios y su justicia (Sal 51,16; 66,17; 71,24), y al contrario, puede convertirse en lengua mentirosa.

En el conjunto de las promesas dirigidas a Sion (Is 54), Is 54,17 tiene un sentido cercano a Is 50,4. Como ocurre con el orante de Is 50, ni el arma fabricada contra Sion, ni la lengua que se levante en juicio contra ella, podrán triunfar sobre la “herencia de los servidores de Jahvé”. No de casualidad los israelitas fieles de Sion reciben también la promesa de convertirse en “discípulos de Jahvé” (54,13 mencionado antes).

El otro rasgo importante del discípulo es el sentido de su misión. El orante ha recibido una lengua de discípulo para “que sepa inclinarme hacia / encorvarme con / quien está agotado”. La expresión es difícil, tanto por las dificultades sintácticas como por las implicaciones semánticas, y por el sentido total del contexto.



Si se renuncia a modificar el texto hebreo, se consideran los infinitivos “saber” e “inclinarse” como concatenados, y se busca la significación del infinitivo *la’wt* en las raíces próximas bien atestiguadas en el hebreo bíblico, se obtiene un sentido claro.

Son dos las raíces hebreas relacionadas, *’wt / ’wb*⁵. A la primera se atribuyen 23 presencias, y a la segunda 10. El contexto del segundo verbo es la acusación por un pecado, o el reconocimiento por el pecado cometido.

El elemento común a todas las recurrencias es “apartarse, alejarse” de una determinada “norma”. Si la norma se entiende en sentido físico, entonces la traducción de las formas reflexivas sería “inclinarse”, “curvarse”, “encorvarse”, “plegarse”, y la de las formas activas “doblegar, torcer, curvar”. En sentido ético, en cambio, la traducción sería “alejarse del derecho, pervertirlo, violar una norma, apartarse del camino recto, oprimir, engañar”⁶.

Teniendo en cuenta estas observaciones semánticas y suponiendo una discusión sintáctica que no encuentra lugar en este escrito, se pueden ofrecer dos traducciones de Is 50,4ab aceptables en el contexto para comprender cuál es la función de este orante - discípulo.

La primera - teniendo en cuenta las formas activas del verbo - es pensar en una capacidad del discípulo de *doblegar* en una confrontación al adversario que se opone a los intereses del Señor. Es una función casi jurídica. La “lengua de discípulo” es el instrumento necesario para derrotar a sus acusadores, adversarios del Señor. La confrontación entre el justo y sus perseguidores está testimoniada en el AT y en el NT (véase Sab 2,16-20; Jn 18,36). Jahvé ayudaría a su discípulo a no temer la confrontación. Recordamos espontáneamente la advertencia de Jesús de no preocuparse por la respuesta “cuando os lleven a los tribunales”.

10

⁵ Se distinguen con dificultad por causa de la inestabilidad de las formas verbales de los radicales *mediae waw* e *tertia e be*.

⁶ Para todos los detalles véase el libro citado en la nota 1.

Si, en cambio, se piensa en las formas reflexivas, la traducción sería “para que sepa inclinarme / *encorvarme* / con quien está cansado / exhausto”. El “encorvarse” implica no solo una posición física, sino también una situación de tristeza y culpa que afecta a todo el ser humano: véase Is 21,3; Sal 38,7.

La misión del discípulo es su participación en el destino de quien está agotado, también por su alejamiento de Jahvé. Como dice Is 40,31, “a los que esperan en Yahvé él les renovará el vigor, se elevarán con alas como de águilas, correrán sin fatigarse y andarán sin cansarse”. El discípulo es elegido para compartir con otros una situación de sufrimiento, de “cansancio”, de agotamiento.

El v. 4b, cuidadosamente construido, es una explicación de la expresión “lengua de discípulo” que se retoma al final del versículo (“para escuchar como los discípulos”).

*“Una palabra despierta en la mañana,
en la mañana despierta mi oído”.*

El objeto del verbo “despierta” (“mi oído”) llega solamente después de la repetición de “en la mañana”. La imagen de la palabra de Jahvé que despierta el oído es coherente con el carácter pasivo del discípulo que se explicita en la el v. 5a. El discípulo no abre la boca para hablar (como Job, Jb 3,1) sino que a él se abre el oído para escuchar. Como el orante del salmo, él se ve encorvado y abatido (Sal 38, 7) y como él, no abre la boca (v. 14). Del discípulo no se refiere ninguna palabra, denuncia, acusación y ni siquiera defensa. Como el servidor sufriente de Is 53,7 (y como Jesús en los tribunales) “no abre su boca”.

El libro de Isaías retorna en pasajes importantes con expresiones semejantes a las de Is 50 para describir la actitud de quienes tienen oídos y ojos pero no escuchan ni ven ni comprenden (Is 6,9-10; 42,18-20; 43,8), y al contrario la situación de los ciegos y sordos que ven y escuchan. Is 29,18; 30,20-21; 32,3 prometen para el futuro la curación de esta situación. En Is 50,5 se cumple la promesa de poder escuchar y comprender.

El sufrimiento del discípulo (vv. 5b-6)

En estos versos el orante manifiesta la fidelidad que ha mantenido aún en el momento de la persecución y del dolor y la seguridad del apoyo de Jahvé. Is 50,5ab-7 describe la actitud del discípulo, en modo negativo y positivo:

v. 5abb *no* he sido rebelde *no* me eché atrás
v. 6a presenté mi espalda ... y mis mejillas
v. 6b *no* escondí mi rostro...
v.7ab *no* estoy abatido
v. 7b he puesto mi rostro ...
Sé que no tendré que avergonzarme

“Echarse atrás”⁷ expresa la inconsistencia y debilidad de quien no se apoya sobre valores sólidos y así abandona su primera decisión y el camino emprendido. La expresión, en paralelo con otras como “avergonzarse”, “quedar confundido /abatido”, “sufrir el oprobio”, describe a los enemigos que no podrán triunfar sobre el orante (cfr. Sal 35,4; 40,15; 70,3; 129,5). Es difícil percibir el sentido de estas expresiones en el lenguaje contemporáneo, donde han perdido su fuerza.

La expresión recupera su vigor en textos como el Sal 44,19, donde aparece en paralelo con olvidar, traicionar la alianza y alejarse del camino de Jahvé; o bien en Jer 38,22, que denuncia la traición de los falsos amigos y aliados y caracteriza su conducta como engaño, infidelidad, abandono.

Is 50,5 contrapone así la actitud del discípulo a la de quienes confían en los ídolos (Is 42,17), que deberán volver sus espaldas cubiertos de infamia. También en Is 50,5 rebelarse significa la falta de obediencia a Dios (cfr. Dt 1,26.43; 9,7.23.24, entre otros textos). En Dt 21, 18-21 la conducta del hijo rebelde y obstinado es castigada con la lapidación.

12

La fidelidad del discípulo que expresa el v. 5b lo ha llevado a someterse a un castigo (v. 6). El discípulo ha ofrecido su espalda a quien

⁷ Usado 11 veces en el AT: 2 Sam 1,22; Sal 35,4; 40,15; 44,19; 70,3; 129,5; Is 42,17; 50,5; 59,14; Jer 38,22; 46,5.

lo golpeaba. En Is 51,23 se compadece a Jerusalén cuyo “dorso” se había convertido en un camino para los que pasaban. La imagen alude de modo realista a los invasores que maltratan y despojan la ciudad o el país que atraviesan. Sobre la vergüenza y el dolor de verse arrancar la barba, véase 2 Sam 10,5.

En Is 50,6 el discípulo no esconde su rostro a los esputos y ultrajes. La acción de esconder el rostro es propia de Jahvé, como castigo – negar su ayuda (cfr. Is 54,8: 59,2; 64,6). Solamente en otros dos textos del AT Jahvé no es el sujeto de la acción: en Ex 3,6 Moisés esconde su rostro ante la manifestación divina, y en 53,3 los espectadores ideales se cubren el rostro ante la figura horrible del servidor sufriente.

En Is 50,7, con la ayuda divina y para poder resistir en la persecución, el discípulo endurece su rostro como piedra, como Ezequiel, para resistir a la “casa rebelde”, y como Jeremías, que se ha convertido en una ciudadela, columna de hierro y muralla de bronce.

La seguridad del discípulo sobre la ayuda del Señor y su propio triunfo ante sus adversarios se expresa en los vv. 7-9^a. Los mismos sentimientos aplicados a Israel se reflejan en Is 41,10.13.14; 44,2; 49,8.

La confianza del discípulo (vv. 8-9a)

El tono meditativo de los vv. 4-7 se vuelve retórico y polémico a partir del v.8, subrayado por tres proposiciones interrogativas (¿quién? vv.8b.9a). El desarrollo de estos versos también es armónico.

- V. 8a Proposición afirmativa: Está cercano quien me defiende
Pregunta retórica: ¿quién podrá acusarme?
Desafío: ¡Comparezcamos juntos en el proceso!
- V. 8b Pregunta retórica: ¿Quien será mi acusador?
Desafío: ¡Que se acerque!
- V. 9a Proposición afirmativa: El Señor Jahvé vendrá en mi ayuda
Pregunta retórica: ¿Quién me condenará?

El v.9b es también una proposición afirmativa, pero sale del contexto, porque introduce inesperadamente un sujeto nuevo e in-

dependiente (“todos ellos”) que no tiene un claro antecedente en el texto y ninguna relación con los dos actores principales, el discípulo y su Señor. Hasta el v. 9b la presencia eventual de los enemigos servía solamente para poner de relieve la confianza del discípulo y su estrecha relación con Jahvé. La amenaza o previsión de destrucción que introduce el v. 9b distrae de la orientación total del texto, y constituye un anti-clímax.

Si los vv. 6-7 hacían pensar en un sufrimiento físico, los vv. 8-9a emplean, en cambio, exclusivamente, un lenguaje judicial: defensor y acusador, comparecer, acusar y condenar. Como en Is 50,8 el proceso no se ha concluido (y ni siquiera ha comenzado) el orante está aún seguro de ser protegido por su defensor, que puede demostrar su inocencia y lograr la declaración de inocencia. El verbo que se utiliza en el primer desafío (“quién podrá acusarme”) es de uso frecuente y rico en el AT y en Isaías, y se puede traducir aquí en un sentido amplio (“entrar en proceso contra alguien”, “acusar”) que son los modos concretos del combate judicial (véase Is 45,9).

La expresión del v. 8b que hemos traducido como “acusador” significa literalmente el “propietario del proceso”, es decir, quien abre una causa judicial contra otro (cfr. Ex 24,14; Dt 15,2). El desafío del discípulo se dirige no solamente al acusador sino también al juez, a quien puede declararlo culpable.

Is 50,4-9 se presenta así como una declaración en primera persona de un orante anónimo, que se titula a si mismo discípulo, y cuya situación y destino parece coincidir en varios aspectos con ese oscuro personaje llamado el “servidor sufriente” que se entrevé en Is 42,1-7; 42,18-23: 43,8-13 e Is 53.

El texto presente pone de relieve que este personaje es plenamente consciente de su misión, de su causa y destino. Como lo sugiere el vocabulario judicial de los vv. 8-9a, piensa que debe ir a juicio con un adversario y no se rebela ante este destino. Está convencido de contar con el apoyo de Dios mismo para confrontarse con ellos y vencerlos. Tal vez tiene en la memoria la promesa anunciada a los servidores de Jahvé en Is 54,17: “Toda lengua que se alzará contra ti en el juicio, tu la podrás condenar”.

Esta seguridad no quita el sufrimiento que ya ha experimentado y aún no ha concluido. La escena sugiere la situación de un prisionero, que después de haber sido maltratado, espera con impaciencia, como una liberación, el proceso en el cual podrá mostrar su inocencia. Se ha despertado muy pronto en la mañana, con la certeza de que Dios es su aliado y por ello podrá derrotar a sus adversarios y manifestar la gloria de Dios. Probablemente no imagina que debe hacer aún la experiencia del tribunal corrompido, de la injusticia triunfante, de la ausencia de Dios

El discípulo y la comunidad: Is 50,10-11

Los vv. 10-11 establecen una relación entre el orante - discípulo y la comunidad, así como ocurre en algunos salmos, en particular en los de lamentación individual, y en otros textos de Isaías (Is 42 y 53, cánticos del servidor de Jahvé). ¿Por qué se establece esta relación?

El orante de Is 50 no había dicho ninguna palabra que pudiera constituir un programa de vida y acción para los que “temen al Señor”, sus fieles. Solamente había consignado su dolorosa experiencia.

Quien se presenta como autor de los vv. 10-11 no parece el mismo orante de los vv. 4-9. Estos relataban en primera persona una experiencia espiritual. El v. 10 en cambio reflexiona sobre él en tercera persona, lo presenta como “su [de Jahvé] servidor”, y lo propone como modelo. Escuchar, y más aún obedecer a su palabra (v. 10a) es una exhortación a asumir el ejemplo de esta figura desconocida, que ha procurado escuchar la voz del Señor y ha confiado en él aún cuando las circunstancias aconsejaban lo contrario.

El v. 10, en efecto, supone que el discípulo de los vv. 4-9 no ha experimentado el triunfo ardientemente deseado. También este versículo es difícil y permite dos traducciones:

- (1) a) “Quien de ustedes teme al Señor y escucha la voz de su servidor,
 b) *el cual caminó* en las tinieblas y sin luz,
 c) podrá confiar en el nombre del Señor y apoyarse en su Dios”

- (2) a) “Quien de ustedes teme al Señor y escucha la voz de su servidor,
b’) *inclusive si camina* en las tinieblas y sin luz
c) podrá confiar en el nombre del Señor y apoyarse en su Dios”

Cada una de estas traducciones ofrece una visión ligeramente diferente, marcada por las palabras en cursiva: ambas consideran el escuchar la voz del “servidor” como la condición para tener confianza en el Señor y confiar en su ayuda. Pero la primera insiste sobre el destino del servidor, poniendo de relieve que de hecho ha caminado en las tinieblas, tal vez hasta la muerte. La segunda interpretación en cambio pone el acento sobre el destinatario de la exhortación: *inclusive si ustedes tienen que caminar en las tinieblas* – como el servidor – discípulo, tendrán la posibilidad de confiar en el Señor.

Esta ambigüedad sugiere una analogía entre la situación del servidor presentada en los vv. 4-9 y la situación de la audiencia. ¿Se puede decir, con la ayuda de los vv. 10-11, algo más sobre la identidad del discípulo? ¿Se trata solamente de “doctrina” o hay detrás del texto una experiencia personal?

Las opiniones son diferentes⁸, pero se pueden distinguir dos grandes corrientes de interpretación. La primera piensa que el texto refleja una situación individual y personal, y permite algunas variantes, por ejemplo que el texto sería como un salmo de lamentación individual. Otros notan en cambio que propiamente no hay una lamentación y prefieren hablar de un salmo de confianza en Jahvé. Los vv. 4-9 serían así el fundamento de la condena de los adversarios que se lee en el v. 11. También se ha sugerido que Is 50,4-9 refleje concretamente la experiencia personal del “profeta Deuterocanónico” – aunque no sea posible establecer su identidad. El profeta habría recibido la palabra de Jahvé, la habría anunciado fielmente y habría sido perseguido a causa de ella. La confrontación con el profeta ocurriría en un proceso judicial⁹. El texto

⁸ Para todos los detalles remito una vez más al libro citado en la nota 1.

⁹ Es gratuito, sin embargo, imaginar que el proceso hubiera sido abierto por las autoridades babilónicas a causa de la predicación del profeta que preveía el sometimiento de Babilonia al creciente imperio persa (cfr. R. N. Whybray, *Isaiah 40-66* (NCBC), Grand Rapids – London 1975, 1981, pp. 150-151.

estaría próximo a las confesiones de Jeremías. Algunos, en fin, piensan que más bien el profeta del siglo VI relee su experiencia profética a la luz de la del profeta Isaías de Jerusalén del siglo VIII¹⁰.

La segunda corriente de interpretación pone de relieve en Is 50,4-9.10(11) diversos motivos y expresiones que pertenecen claramente al vocabulario y al tema de la idolatría, fuertemente presente en Is 40 - 55¹¹. El “cansancio” implica la desilusión que produce haber puesto la confianza en algo o alguien diverso de Jahvé (por ejemplo los ídolos, cfr. Is 40,28.29.30.31). Los que confían en los ídolos “vuelven la espalda” a su Dios cubierto de vergüenza (Is 42,17).

Es sobretodo en Is 50,7 donde el vocabulario de la vergüenza y confusión presenta en modo más claro la contraposición del discípulo a la idolatría. El discípulo no tiene temor de sentir confusión y cubrirse de vergüenza. De este modo el discípulo se identifica con los sentimientos que expresan Is 41,11 (amenaza de vergüenza y confusión para los enemigos de “mi siervo Israel”) y 45,17; 54,4, promesas a Israel y Jerusalén de no quedar avergonzado o confundido. Por el contrario los idólatras (42,17) y los fabricantes de ídolos quedarán en tal situación (44,9.11; 45,16.24). Hay que notar que aunque no se lo indique explícitamente, Is 44,8-11 y 45,16-17 evocan un proceso judicial en el cual Jahvé juzga entre su pueblo y los fabricantes de ídolos, concede su apoyo al primero y condena a los otros.

En Is 40 - 55 los ídolos resumen y encarnan la tentación de infidelidad a Jahvé que el pueblo ha experimentado durante el exilio. Es pues verosímil que el discípulo - servidor de Jahvé haga una referencia más o menos implícita a la derrota de los ídolos en el momento de afirmar su propia confianza en el Señor. Pero es verdad también que la variedad de significados del vocabulario no excluye una problemática más amplia. La tragedia de una fe invulnerable en el Señor y, sin

10 Véase últimamente, con referencias a la bibliografía precedente, H.G.M. Williamson, *The Book Called Isaiah. Deutero-Isaiah's Role in Composition and Redaction*, Oxford 1994, p. 109.

11 La exégesis de los últimos treinta años es casi unánime en considera los textos anti idolátricos como pertenecientes a la sustancia de Is 40-55. Véase últimamente A. Wilson, *The Nations in Deutero-Isaiah. A Study on Composition and Structure* (ANETS 1), Lewiston-Queenston 1986.

embargo, no confirmada por los hechos, parece el sentimiento más profundo y dramático del texto.

La voz que se expresa en el v. 10 propone una enseñanza para un grupo, a partir de la actitud de confianza del discípulo. Su propia conducta es ya una manifestación divina, no obstante que los resultados concretos de su confianza sean poco reconfortantes.

La relectura de la “historia” del discípulo que hace el v. 10 ha inspirado a su vez el comentario de Is 50,11, cuyo carácter secundario se manifiesta en el anuncio de un castigo dirigido contra un “vosotros” que lógicamente no puede corresponder al “vosotros” del v. 10, y se conecta más bien con el castigo anunciado en el v. 9b. Los vv. 9b.11 están pues interesados en el castigo de un grupo, un interés lejano del de Is 50,4-9a.

Integración de Is 50,1-3 en Is 50

Desde hace ya mucho tiempo la exégesis se ha preocupado de comprender cual es la relación de los textos que son presentados por la Biblia como una cierta unidad, por ejemplo, como un capítulo. Cada vez tiene menos aprobación dejar aislados unos pocos versos solamente porque el intérprete no encuentra una razón para unirlos a un texto mayor, precedente o sucesivo.

Este sería el caso de Is 50,1-3¹². Pero la integración de los vv. 1-3 en la unidad textual que hemos descrito, no podría apoyarse solamente en argumentos generales. Is 50,1-3 es aún una palabra de Jahvé dirigida a su pueblo, como reproche por una falta de fe y comprensión de los caminos del Señor.

El argumento se articula en dos declaraciones: la primera (v. 1a) supone, por medio de preguntas retóricas, el derecho del Señor de castigar definitivamente a su pueblo repudiándolo como se repudia a

12 A la tendencia de considerar unidades textuales muy amplias pertenece por ejemplo, entre los estudios más recientes, J. Scharbert, *Deuteroseja - Der “Knecht Jabwäs”?*, Hamburg 1995, pp. 41-42, y el comentario de B. S. Childs, *Isaia*, Queriniana, Brescia 2001 (trad. del inglés de E. Gatti).

una esposa infiel, o vendiéndolo como esclavo. Y sin embargo, el Señor ha renunciado a este derecho. Si el pueblo ha experimentado consecuencias semejantes, son debidas a su propia culpa (v. 1b).

La segunda declaración de Jahvé afirma su poder sobre los elementos naturales (mar, ríos, cielo, Is 50,2b-3). Esta implícita amenaza (Jahvé es fuerte) incluye el motivo escatológico de las tinieblas que él puede desencadenar como castigo¹³.

Entre las dos declaraciones, el v.2a está constituido por cuatro preguntas, de las cuales, las dos últimas, retóricas, tienen un sentido evidente: Jahvé puede liberar del peligro, tiene la fuerza para salvar (v. 2ab). Y quedan otras dos preguntas, las primeras, más enigmáticas (v. 2aa): “¿Por qué, cuando vine, no he encontrado ninguno? ¿Por qué, cuando he llamado, nadie ha respondido?”

El lector podría preguntarse de qué venida habla Jahvé, cuándo ha llamado, quién hubiera debido responder. Una respuesta minuciosa a estas preguntas no encuentra lugar aquí. Podemos sugerir que los vv. 1-3 constituyen una preparación al salmo del discípulo de Jahvé (vv. 4-9a+10). Pero no se trata de un argumento que se desarrolla lógicamente a partir de premisas hacia una conclusión. Más bien se trata de crear un ambiente, de impresionar al lector o auditor por medio de afirmaciones y preguntas que son en sí mismas evidentes para preparar el argumento central.

El Señor es poderoso en todos los sentidos, y a esto se refieren los vv. 2b-3. El tenía la posibilidad de castigar y no lo ha hecho (v. 1). Tenía también la posibilidad de actuar solo para salvar, pero deja comprender que no quiere hacerlo así (v. 2aa). Por eso el v. 2ab está constituido por

13 El sustantivo hebreo usado aquí para “tinieblas” es único. El verbo de la misma raíz (*qdr*, oscurecer, ennegrecer) está testimoniado p. ej. en 1 Re 18,45; Jb 5,11; 6,16; Jer 4,28; 8,21; 14,2; Ez 31,15; 32,7.8; Jl 2,10; 4,15; Mic 3,6, para hablar de un castigo divino que puede oscurecer los cielos, o (y entonces como participio masculino singular) para describir el abatimiento de quien se encuentra triste y sombrío (Jb 30,28; Sal 35,14; 38,7; 42,10; 43,2). En Is 50,10 se utiliza otro sustantivo para la “tiniebla” en la cual ha caminado el discípulo o tal vez caminan quienes escuchan este relato. El término es muy frecuente en singular (especialmente en Job y Salmos) pero en plural (como adverbio) aparece solamente en aquí y en Pro 22,29 (con otro sentido, gente “oscura”, de bajo linaje).

preguntas y no por afirmaciones. No se dice que actuará o no, sino simplemente que podría hacerlo. Los vv. 1-3 se cierran sobre la afirmación del poder divino. Si el Señor, que es poderoso, no afirma que salvará a su pueblo, sino que podría salvarlo, y se pregunta por qué “no había nadie”, parece que espera una respuesta que debe venir de aquellos que son fieles. Son ellos los que se presentarán para ayudar al Señor en esta tarea, para no dejarlo solo.

En este momento, v. 4, se abre el salmo del discípulo. El reconoce haber recibido todos los medios necesarios para ponerse al servicio del Señor en la obra que este quiera realizar. Qué cosa ocurrirá no se dice. Solamente queda en claro que este discípulo llena las condiciones de tal, y que con él el Señor puede contar. Si su “historia” es solamente individual, o si representa también la historia de Israel, tiene aquí menos importancia. Importante es que está dispuesto a cumplir con su función hasta el final, y eso debe bastar a la comunidad para seguir su ejemplo y ponerse a la disposición de la obra salvífica del Señor.

Concluyendo

He presentado con cierto detalle este texto a propósito del discípulo porque considero muy significativo que uno de los dos o tres únicos textos donde se menciona esta categoría como un sustantivo y no solamente como un participio (quien ha aprendido o ha sido instruido en algo), ha sido minuciosamente desarrollado para ofrecer el perfil del discípulo de Jahvé.

La sorpresa es que, teniendo en cuenta la terminología, el modelo del discípulo no es el profeta, ni un predicador, ni un patriarca – aunque fuera Abraham –, ni un legislador – aunque fuera Moisés –, ni un sumo sacerdote – aunque fuera Aarón –, ni un rey – aunque fuera David, ni un sabio como Ben Sira.

20

El modelo del discípulo es un personaje anónimo, que recibe una “lengua de discípulo” pero ningún mensaje para transmitir, que piensa poder imponerse en un juicio con la ayuda de Dios pero cuya historia parece marcada por el abatimiento y la oscuridad. Como si el Dios capaz de revestir los cielos de oscuridad (Is 50,3) se complaciera en formar en la escuela de las sombras a este pobre discípulo (Is 50,10),



cuya única misión es ponerse junto a quien ya no puede más, junto al cansado, agotado, vencido (Is 50,4).

El discípulo - como buen servidor de Jahvé - se identifica con los derrotados, no con los triunfadores.

